

## El cuerpo del enemigo

por Guy Briole

Universidad del Claustro de Sor Juana — CD México

Viernes 30.09.2016



La conferencia de hoy os llevará hacia las IX<sup>as</sup> Jornadas de la NEL que se realizarán este mes de octubre en Guayaquil: *Violencias y pasiones*. El título es fuerte. El nuestro, *El cuerpo del enemigo*, coincide perfectamente. En efecto, ¿dónde se puede encontrar de manera más manifiesta, más íntima, la articulación de estos dos significantes, violencia y pasión, si no es en la guerra?

La guerra tiene una causa profunda relacionada con la alteridad.<sup>1</sup> Lacan ha insistido en la relación inicial de todo sujeto con un otro primordial, el del “conocimiento paranoico” del mundo<sup>2</sup>. Más allá de esta confrontación, el sujeto ha podido encontrar una manera de existir sobrepasando la radicalidad “del “tú o yo” permanente de una guerra en que está en juego la existencia del uno o del otro [...]”<sup>3</sup>. De este modo persiste en el inconsciente lo que engendra la violencia del *instinto de muerte* freudiano, “el asesinato imaginario del hermano.”<sup>4</sup> La muerte recibida es la otra vertiente de la muerte dada. La bala rebota en el espejo y retorna sobre el que la destinaba al otro.<sup>5</sup>

Así, es con este otro parecido que se entretiene este clima pasional siempre a punto de resurgir desde el fondo de cada ser humano a partir de esta *pequeña diferencia* que hace al otro odioso. Entonces, las condiciones se cumplen para que, en la mínima ocasión, se encuentre precipitado en una violencia que no pueda contenerse.

La causa de la guerra puede parecer fútil pero no lo es. La causa está en lo que no está dicho, en lo que está sobreentendido y que es impulsado por un odio *visceral*. Es esto la absurdidad de la guerra, un odio inextinguible del semejante que, a partir de esta pequeña diferencia, un día sale a la luz; un ínfimo que produce millares de explosiones, de muertes, de cuerpos reventados, maltratados, de vidas devastadas, de vínculos humanos destrozados, de

<sup>1</sup> Cf. Briole G., “En la fauces de la guerra: arrancamiento”, *El psicoanálisis a la hora de la guerra*. (Marie-Hélène Brousse, compiladora), Buenos Aires, Tres haches, 2015, p. 101.

<sup>2</sup> Lacan J., « Acerca de la causalidad psíquica ». *Escritos I*, México, Siglo XXI, 2007, p. 170.

<sup>3</sup> Lacan J., « La cosa freudiana » in : *Escritos I*, *op. cit.*, p. 411.

<sup>4</sup> Lacan J., « Los complejos familiares en la formación del individuo » *Otros escritos*, BA, Paidós, 2012, p. 50.

<sup>5</sup> Cf. Briole G., « Guerre et Nom-du-Père », *Scilicet*, Congrès de l'AMP, Rome

ciudades saqueadas. Es esta desmesura la que hace surgir la guerra cuando se desencadena la violencia sin límite. Sin embargo esta violencia ciega, sea cual sea el territorio en el que se ejerce encuentra un espacio, siempre en juego, el del *cuerpo del enemigo*.

Es sobre este punto que voy a centrar hoy mi intervención. Es un trabajo que he empezado a elaborar en una Conferencia que he hecho en Madrid, en el mes de mayo de este año, invitado por nuestra colega Amanda Goya para la *Biblioteca de Orientación Lacaniana de Madrid* (BOLM). El tema de trabajo era también el de la *Violencia*.

Cuando se piensa en la guerra se evalúa el coste y a menudo, más cínicamente, los beneficios; se hablan de los avances tecnológicos que cambiarían su faz — drones y robots letales autónomos (RLA) en un futuro cercano — pero, he aquí que, hoy como ayer, siempre se hace con los cuerpos reales.<sup>6</sup>

En todo momento, en los relatos de guerra, el cuerpo se hace presente por sus primeras necesidades, por sus pulsiones destructoras, por sus mil y un detalles, que lo hacen, fuera del escabel — que le da su lado amable o deseable — objeto vil, amenaza hacia sí mismo— matar o ser matado — residuo, desecho, que hace que su real mismo lo sitúe más allá de saber cuál es la razón del rechazo o del odio de los otros. El cuerpo del enemigo es siempre y en todas partes *estigmatizado*: es un cuerpo portador de una violencia bestial, de un olor repulsivo y sus entrañas tienen un olor pestilente. *Gusano (Vermine)*, sería la palabra clave para designarlo con una metáfora de lo peor que induce a este imperativo: “¡Eliminad esta escoria!” El cuerpo del enemigo es reducido a esos gusanos que atacan el cuerpo cadavérico. No estaríamos entre dos muertes sino entre dos cuerpos vaciados de vida; entre cadáver y despojo, el primero siendo pensado fuera de historia.

Es una ley general que nos recuerda Élie Wiesel cuando nos habla del momento en el que fue designado para, en la lucha por la existencia de Israel, ejecutar a un hombre. Solo sabía una cosa de él: “era mi enemigo”.<sup>7</sup> No quería saber nada de su cuerpo, si tenía o no tenía que comer, fumar, beber, etc. No era posible hablar con este hombre, ni intercambiar nada, “el enemigo no tiene historia”.<sup>8</sup> Hay que arrebatarse, *arrebatarse a* su historia para poder continuar a odiarlo.

---

<sup>6</sup> Cf. Briole G., “Espantosas inquietudes”, *El psicoanálisis a la hora de la guerra*. (Marie-Hélène Brousse, compiladora), *op. cit.*, p. 159-161.

<sup>7</sup> Wiesel É, *L'aube*, Paris, Seuil, collection Points, 1960, p. 9.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 87.

### L'encore à corps<sup>9</sup>

El hombre tiene un cuerpo y, como acabamos de decirlo, lo compromete en su lucha a muerte con su semejante.

El hombre tiene un cuerpo, es en *Joyce el Síntoma*, que Lacan lo plantea. Escribe el hombre de una manera muy singular, LOM, para hacer referencia a la triplicidad RSI. Así, “LOM tiene un cuerpo”, un cuerpo hablante, es el parlêtre, aquel que “habla con su cuerpo”, que “parlêtre por naturaleza”.<sup>10</sup> No es el cuerpo que habla. El hombre se sirve del cuerpo para hablar. Así, en el síntoma histérico -la conversión- no es el cuerpo que habla. El cuerpo es síntoma solo respecto a otros cuerpos y el punto de inflexión de la intervención de Jacques-Alain Miller en Río, es que “el inconsciente procede del cuerpo hablante”.<sup>11</sup> Esto hace que por “interesar el síntoma del otro [...] no exige el cuerpo a cuerpo.”<sup>12</sup> Por eso cuando el cuerpo a cuerpo está en juego, el síntoma histérico no permite que eso se escamotee, incluso con el escabel que lleva a Lacan al neologismo *escabelmotearse*<sup>13</sup> Imposible escalmotearse aún más cuando, en el cuerpo a cuerpo, uno de los dos cuerpos es el del enemigo.

Por lo tanto, la guerra se hace siempre con cuerpos, con el cuerpo real, el del goce, el que tiene una historia. Subrayamos lo que parece una evidencia: en el instante antes de ser matado, es un hombre, después es un cadáver. Puede resultar que a veces, antes de esta última etapa, pueda estar agonizando. Entonces, su queja, su sufrimiento, llevan aún la marca del viviente; es aquí donde hay que acabar con la vida, terminar con ella, darle el golpe de gracia. Lo hace pasar de hombre - incluso si es un enemigo - a un cadáver. Pero este cadáver, aún no hemos acabado con él, dependerá de cómo lo miramos, de cómo os mira, de cómo esta muerte os mira.

Es lo que se puede leer con una gran precisión en Marguerite Duras con lo que escribe sobre la muerte de una mosca.

Ver morir a una mosca<sup>14</sup> puede llegar a alcanzar la dimensión de crueldad en todo lo que la inhumanidad puede tener de humano.

---

<sup>9</sup> *Encore à corps*: juego de palabra en francés sobre el equívoco encore (aún) y en corps. Una manera de decir que siempre hay el cuerpo a cuerpo.

<sup>10</sup> Lacan J., “Joyce el Síntoma”, *Otros escritos, op. cit.*, p. 592.

<sup>11</sup> Cf. Miller J.-A., « Habeas corpus », *De Río à Barcelone*, wapol.org.

<sup>12</sup> Lacan J., “Joyce el Síntoma”, *Otros escritos, op. cit.*, p. 596.

<sup>13</sup> *Ibidem*.

<sup>14</sup> Cf. Duras M., *Escribir*, Barcelona, Tusquets, 1994, p. 15-56

Marguerite Duras describe con gran minuciosidad cómo, un día de gran soledad, fue detenida, fijada, por una contingencia que la marcó: ¡la muerte de una mosca! Se quedó allí durante esta agonía, fuertemente trastornada. ¡Fijada!

Una mosca, es una calamidad universal portadora de todos los males, vector insidioso de la peste, del cólera y muchas otras cosas más. Es la encarnación misma de lo nocivo, de lo que puede ser odiado sin que nos preguntemos porqué. Lo que, en tiempos de guerra, podría ser reducido al cuerpo del enemigo. No dudamos nunca en matar una mosca, es incluso el lugar de proyección de los niños, pero no solo ellos, teniendo la mayor permisividad por parte de los padres para ejercer todo su sadismo sobre este animal capturado: arrancarle las patas, las alas, perforarla con una aguja, y otras invenciones según las inclinaciones mórbidas de cada uno. ¡Es decir que no hay límite!

Es la vida que se escapa de este animal inmundo que fascina a Marguerite Duras, que capta su mirada y le impide moverse. “Me acerqué para verla morir [...] Fue largo. Se debatía contra la muerte. [...] y luego se acabó. La vida debió acabar. Me quedé para seguir mirando [...] Me equivocaba, la mosca seguía viva. Seguí allí mirándola, con la esperanza de que volviera a esperar, a vivir. Mi presencia hacía más atroz esa muerte.”

Ella lo sabe y sin embargo, se queda. ¿Por qué? ¡Y si fuera para ver cómo esta muerte invadía a esta mosca! O bien, solo para saber de dónde venía esta muerte: del día, de la noche, de una nada inefable; ¿tal vez de ella misma?

Ya no sabe cómo fue el final. Se fue de allí diciéndose que “se estaba volviendo loca” que lo que invade esta muerte a este otro repugnante ¡posiblemente también esté en ella! Ya no es el eje imaginario, es lo real cuerpo a cuerpo.

Me hace pensar en un analizante del cual he hablado en mi primer testimonio de pase en las Jornadas de la ELP, en Madrid<sup>15</sup>. Hablé de un hombre que pertenecía a los comando y, él, explicaba cómo en las condiciones de guerra, en territorio enemigo, había que fundirse en la multitud hasta convertirse en el que debía matar, adquirir su olor, vivir en su intimidad, meterse en su mente. Solo entonces, en el último cuerpo a cuerpo, se asestaba el golpe mortal. ¿Paradigma de la destrucción del otro en espejo o más? ¡La parte real de la imagen de la cual hay que separarse! Pero ¿cómo separarse de esta piel con la cual hace uno y que lleva la marca de la herida mortal? No es el otro del espejo, es la muerte en los cuerpos en espejo. ¡Es diferente; es una muerte que queda en el que la da! Es como si matando al otro se matara a él mismo.

---

<sup>15</sup> Cf. Briole G, “Esa herida, esa” *Los hombres y sus semblantes. El psicoanálisis*, Revista de la ELP, n° 19, mayo 2011, p. 75.

## La deshumanización de los cuerpos

La guerra deshumaniza la muerte; priva de la muerte. Convierte los cuerpos en fragmentos dispersos que son recogidos después de la batalla; piezas sueltas que, un instante antes, fueron habitados por una historia.<sup>16</sup> Es también lo que marca la diferencia entre el despojo — lo que nos llevamos, que se honra, que es objeto de ritos — y el cadáver, la parte real de lo que queda y que se busca hacer desaparecer, sustraer de la historia.

### *La shoah: las cámaras de gas y los hornos crematorios*

La shoah tuvo la particularidad de tener como objetivo, no solo eliminar a los judíos, sino también arrancarles de su historia. Es la única masacre que se quiso sin resto, que se prestó a borrar las pruebas no solo las de los muertos, de sus nombres, sino también las de sus cadáveres reducidos a cenizas. Lo que fue llamado la “solución final de la cuestión judía” tomó una amplitud industrial — nunca lograda en la historia de la humanidad — en los campos de concentración nazis.

La *fosa común* es otra modalidad utilizada en los crímenes genocidas o dictatoriales. Es el último ultraje que puede hacerse en lo que, en el cadáver, podría aún persistir algo del uno por uno, de la singularidad. Un cuerpo en una fosa común, no es una sepultura, es un cuerpo tirado “encima de los últimos cuerpos enterrados.”<sup>17</sup> Lo atroz, lo imposible de soportar, y aquí cito a Marguerite Duras: “No se trata de la mezcla de los cuerpos, en absoluto, es la desaparición de este cuerpo en la masa de los otros cuerpos”<sup>18</sup> Es un cuerpo que no puede ya contarse en su singularidad, es la anulación de su pertenencia y de lo que esta representa. La apertura de estas fosas comunes apuntan a hacer una contabilidad de los cadáveres que les devolvería una dignidad de despojo y una sepultura con su identificación, lo que los métodos científicos actuales permiten hacer cada vez más. Es una cuestión que, siempre, reaviva de manera más extrema, lo que en una nación las ha hecho posibles — recordaremos en España la trágica y escandalosa acusación de prevaricación contra el juez Baltasar Garzón en 2008 después de haber ordenado la apertura de las fosas comunes de las víctimas del franquismo.

## Goce desencadenado, locuras *ordinarias* de las guerras

<sup>16</sup> Cf. Briole G., “En las fauces de la guerra: arrancamiento”, *El psicoanálisis a la hora de la guerra*, op. cit., p. 102.

<sup>17</sup> Duras M., *Escribir*, op. cit., p. 63.

<sup>18</sup> *Ibidem*.

Los hombres y la abyección de la que pueden ser capaces permanecen a través de los siglos. La guerra no explica nada, tan solo delimita un contexto donde lo peor del hombre se desencadena contra su semejante. Lo hace muy singularmente estragando y devastando el cuerpo del enemigo mediante actos bárbaros con carácter frecuentemente sexual. Es un más allá de la perversión, es a la vez la depreciación del otro — casi siempre femenino — y la destrucción real de la *matriz*, lo que está en el origen de la vida. Antes, después de que ellos mismos se hayan enfrentado cuerpo a cuerpo, el cuerpo de las mujeres es el espacio donde los hombres llevan sus guerras.

Los ejemplos son numerosos y los desencadenantes incontrolables — después de un ataque, un asalto, aunque no exclusivamente — de los soldados sobre las poblaciones civiles son la obsesión, el temor de todos los que mandan un grupo de soldados en el combate. La masacre de Mỹ Lai en Vietnam en 1968 quedará en las memorias como la concentración, en un lugar y en un lapsus de tiempo muy corto, de esta locura destructora que nada puede parar. Esta masacre fue cometida por un grupo de GI comandados por el lugarteniente William Calley. No estaban amenazados, solo estaban contrariados por no haber encontrado en este pueblo los Viêt-Cong que había localizado la información militar. Los hombres estaban en los campos, solo los niños y las mujeres estaban en el pueblo. La vista de una mujer que escondía a su bebé debajo de su chal en el que uno de los soldados pensó que fuera un arma, fue la chispa que desencadenó una reacción de una violencia extrema. Casi todas las mujeres fueron abatidas, torturadas o mutiladas, las mujeres embarazadas fueron destripadas, las otras después de haber sido atrocemente violadas les dispararon en la cabeza o les dieron un golpe de bayoneta en el sexo, hasta la matriz.

Podemos recordar también las exacciones de carácter sexual hechas por los militares, en 2003, sobre los prisioneros de Abu Ghraib en Irak y, más cerca de nosotros, las acusaciones de violencia sexual infantil, sobre niñas y niños, hechas por los soldados de las fuerzas onusianas en Centro África.

La lista de estos actos es infinita. No están circunscritos solo en algunas naciones o momentos de la historia. El profesor Albert Bandura de la Standford University les ha dado un nombre, casi un estatuto, la *Moral disengagement*<sup>19</sup>, la *Desconexión moral*. No es por aquí que lo tomaremos. En esta desconexión, se manifiesta brutalmente para el hombre “su desgarramiento original [cuando este] revela hasta el fondo del ser su formidable

---

<sup>19</sup> Bandura Albert, « Mechanisms of Moral Disengagement in the Exercise of Moral Agency », Journal of Personality and Social Psychology, 1996, Vol. 71, No. 2, 364-374.

cuarteadura.”<sup>20</sup> Es un tiempo de desconexión del simbólico donde se hace presente “lo real como tal, el peso de lo real”,<sup>21</sup> todo el peso de un real desencadenado que, sin embargo, no libra al sujeto de la responsabilidad de sus actos.

### Los cuerpos en desacuerdo

#### *Una oleada de pitiáticos*

Durante la guerra del 14-18, algunas batallas fueron verdaderas carnicerías. El 22 de agosto de 1914 fue la matanza de Rossignol en Bélgica y 27.000 soldados fueron masacrados en un solo día!<sup>22</sup> Es lo que ocurre cuando los generales y los políticos hacen, de lo que piensan que es una doctrina, una *ideología del detalle*. A esto se le añade el desprecio que tienen de las clases obreras y campesinas, que no les hace dudar ni un instante que esta carne de la que están hechas es naturalmente carne de cañón. Saben bien que pueden contar con su obediencia ciega — el amor propio, siendo a la vez, la dignidad del pobre y lo que lo pierde. En la guerra « dispara hasta el último soplo. Disparan — estos pobres que tienen amor propio — como sus semejantes mueren en la guerra, no tanto por el placer de morir como por no pasar vergüenza ante sus compañeros [...].<sup>23</sup>

Entonces, cuando se ha decidido una sola estrategia, la *ofensiva a ultranza*, no se duda que siempre hay que alimentar a estas trincheras ávidas de la sangre de esta juventud obrera y rural que la artillería del adversario despedaza como si estuviera en una feria.

En este momento de la guerra, son los cuerpos los que dicen no al sacrificio programado. Vemos entonces aparecer disfunciones, millares de conversiones, bien específicas que han marcado particularmente esta guerra.<sup>24</sup> Por ejemplo el que debía gritar « ¡Al asalto! » deviene de repente afónico, que el vigía en puesto de centinela se ve sorprendido por una amaurosis, el que escuchaba las transmisiones le viene una sordera y al tirador un temblor irreprimible. Al soldado de infantería que se desplaza agachado en la trinchera, lo vemos fijado en su camptocormia en el momento de ir al asalto. Estos soldados, fueron tratados de degenerados, de vulgares histéricos, de pitiáticos, de simuladores. Les aplicaron corrientes eléctricas en los miembros que tenían paralizados, los encerraron en campos de trabajo forzado, los ejecutaron sumariamente por « deserción ». Se les acusaba de

<sup>20</sup> Lacan J., « La agresividad en psicoanálisis », *Escritos I*, op. cit., p. 116.

<sup>21</sup> Lacan J., *Le Séminaire*, livre VII, *La ética del psicoanálisis*, BA, Paidós, 2009, p. 30 (lección del 25 nov 1959)

<sup>22</sup> *Courrier international*. Juin, juillet, août 2014. Hors-série. 14-18 la guerre des autres, p. 12.

<sup>23</sup> Bernanos G., *Los grandes cementerios bajo la luna*, Barcelona, Lumen, 2009, p.38-39.

<sup>24</sup> Cf. Briole G., Lafont B., « La bataille de l'hystérie pendant la guerre de 14-18 ». *Synapse*, mars 87, n° 31, p. 48-52.

negarse a aportar una piedra al edificio de la civilización, allí donde los cuerpos se ocultaban para no añadir uno más a la barbarie de la guerra.

### *Un deseo inoportuno*

Es durante la Segunda guerra mundial. Marguerite Duras pertenece a una red de la resistencia y se encuentra en la situación de tener que dirigir el interrogatorio de un miliciano. Confiesa que nunca se hubiera imaginado que un día tendría que torturar a un hombre. Lo desnudan y esto la incomoda al ser confrontada a este cuerpo desnudo por fuera de toda intimidad, hay algo que le molesta. Dudó mucho antes de publicar estas líneas. He aquí lo que escribió en el prólogo de su texto: « La que tortura [al chivato], soy yo. También la que desea hacer el amor [con el miliciano], soy yo. Os entrego a la que tortura con el resto de los textos. Aprended a leer: son textos sagrados. <sup>25</sup>»

También es sagrado su texto *Hiroshima, mi amor* que sirvió de guión para la película de Alain Resnais. A partir de esta obra podemos subrayar dos puntos: después de una guerra se perdona, a veces, haber traicionado, no se perdona nunca a una mujer haber amado a un enemigo y sobre todo haber gozado de su cuerpo.

### *Una humanización inesperada*

Un analizante vino a verme en unas circunstancias muy singulares: dirigía una empresa muy importante y, en el momento en el cual esta empresa empezó a caer, él se sentía caer con ella. Fue en este momento, a los 55-60 años, sorprendido e invadido por la vuelta de un recuerdo de cuando tenía 18 años: durante la guerra, su padre que pertenecía a la resistencia, fue detenido por la Gestapo: vinieron a buscarlo a casa en su presencia y lo ejecutaron con otros hombres del pueblo. Al día siguiente estaba cerca del bosque de su pueblo y se encontró con un soldado alemán que estaba durmiendo bajo la sombra de un árbol. Vio la pistola, la cogió, disparó y mató al soldado alemán. La sorpresa fue total y se sintió fijado, incapaz de moverse. Al lado del cadáver, vio una cartera. La cogió y se encontró con una foto: un padre y un hijo. Pudo huir, no fue descubierto. Es cuarenta años después, en este momento singular de caída, cuando percibe en él como una “grieta” que lo invade, que vuelve este recuerdo en sus pensamientos diurnos como en sus sueños.

---

<sup>25</sup> Duras M., *El dolor [Albert des capitales. Ter el miliciano]*, Barcelona, Alba Editorial, 1999, p. 121.



## Esquirilas<sup>26</sup> del cuerpo del enemigo

### *Una pieza suelta*

Es un paciente que he atendido en el hospital de Val-de-Grâce. Fue militar en Indochina en los años 50. Más precisamente era marinero en un buque-hospital en la región de la bahía de Halong. Lo encuentro 31 años después, en 1981, en un momento en el cual entró en el hospital por primera vez con el diagnóstico de melancolía. Intentaba siempre cortarse las carótidas; era iterativo. Tenía varias cicatrices pero había una que tenía una marca particular, una marca regular y muy larga. Es lo que me hizo preguntarle si había sido operado en este lugar del cuerpo. Es aquí, en este momento, después de esta pregunta de las más sencillas, que me contó todo lo que no había contado nunca porque –explica– los psiquiatras decían que era un melancólico y que no había nada que escuchar, solo darle la medicación adecuada. Comenta lo siguiente: hubo un asalto del buque, por sorpresa. Él, fue atacado por un soldado vietnamita que le dio una puñalada y le cortó la carótida. En el mismo instante él dispara y el otro cae muerto. El cirujano del buque-hospital toma la carótida del vietnamita muerto y la trasplanta al paciente que se estaba desangrando. Le salvó la vida. Una parte del cuerpo, una pieza suelta, del que estaba a punto de matarlo y que él, el paciente mató, le estaba impulsando vida. Esta situación es muy diferente de un trasplante. En el caso de nuestro paciente, él vive con un trozo del cuerpo del que ha matado. Algo del muerto late en él. Tampoco, no es eso el eje imaginario. Vive de lo que es tomado sobre el cuerpo del que muere de haber intentado matarlo. Es un anudamiento, no un eje imaginario. Es muy importante captar este punto singular de una clínica muy sutil. Además, subrayamos la diferencia con un intento de suicidio melancólico: él quiere arrancase este pedazo muerto. Es como un objeto interno pero encarnado, localizado en la carne. Es diferente del objeto del melancólico que es un objeto perdido y que se hace presente bajo la forma de una persecución interna.

Con este paciente fue posible trabajar esta cuestión, restableciendo lazos significantes alrededor de esta historia. Él mismo se había transformado en una leyenda de las invenciones de los cirujanos de guerra. Ha podido sostenerse de eso, de ser un héroe sin haberlo querido. Pero, esto lo dejaba solo con este pedazo de real muerto en su cuerpo que le hacía vivir, eso lo inscribía en una historia que hacía lazo social por lo menos en los grupos de antiguos combatientes. Le permitirá vivir así durante varios años en su ciudad de provincia hasta que la muerte de uno de sus amigos de combate, que estaba también en este barco, puso de nuevo todo en primer plano e hizo explotar este “trozo de muerte” que lo hacía vivir. Unos años

---

<sup>26</sup> En francés la palabra sería *éclat* con el equívoco que contiene: a la vez trozo y brillo, lo que atrae la atención.

después tuvimos muy malas noticias de él: este “trozo de muerte” lo hizo explotar él mismo con un tiro con una escopeta de caza. Explotó todo, fue radical. En este momento se reactivó todo y lo que se impuso fue esta parte real del cuerpo muerto del otro. Se disparó, no se hizo cortes como antes, hizo precisamente explotar toda esta parte que llevaba del otro cuerpo muerto, el del enemigo.

*Dos tiros con una bala*

Es un hombre joven de 30 años que acabo de atender y que estaba en el concierto de la sala Bataclan, el 13 de noviembre 2015, en París.

En el momento del asalto uno de los yihadistas que tiene una pistola, está frente a él, los ojos en los ojos. Dispara, dispara sobre él dos veces, no al azar como dicen los periodistas. Es en los ojos que dispara dos veces. Son los ojos que disparan, una bala lo atañe al nivel del abdomen, no percibe verdaderamente un dolor, casi nada, solamente nota un pequeño goteo de sangre que fluía del agujero minúsculo de la herida. Pero lo que se constata es que no hay ningún punto de salida: normalmente entra una bala y se piensa que hay un punto de salida de la bala en otra parte. La bala se quedó en su cuerpo, en el músculo psoas muy cerca de la columna vertebral. No se puede extraer, es más arriesgado extraerlo que dejarlo. Los cirujanos militares, grandes expertos en la extracción de este tipo de balas dicen que es compatible con la vida, con una vida normal.

Pero, como él se angustia, uno de los cirujanos, pensando liberarlo de la angustia (es un cirujano de gran prestigio), añadió: vamos a tratarlo por el *mépris*, por el desprecio, por el desdén. Pero, el efecto es todo lo contrario de lo esperado por el cirujano. El paciente se asusta, se angustia, se hace de nuevo para él presente la mirada del que ha disparado. Cuando el paciente pensaba haber superado el acontecimiento, el mal encuentro, es el momento en el cual decide llamarme. Lo que el cirujano no sabe, usando este S1 que deja caer a partir de su prestigio, es que su frase contiene un equívoco, por lo menos es lo que aparece en lo que dice el paciente. Tratar algo por el *mépris*/desprecio en francés quiere decir no darle importancia, como si no valiera la pena considerarlo. “*On va le traiter par le mépris*”, el equívoco toca el *le*, el *lo* porque el *lo* se dirige también al acontecimiento. Por un lado quiere decir vamos a tratarlo con desprecio, con desdén, pero también habla de la persona que ha disparado. Para el paciente, el equívoco está aquí: no es lo mismo decir vamos a *tratar eso* con desdén que decir vamos a *tratarlo* con desdén. Y él, lo que atrapa, lo que le atañe, es precisamente el equívoco que hay en este *lo*. Aquí precisamente hay algo que conocemos en psicoanálisis: la *méprise* del

sujeto supuesto saber. La *equivocación* es una falta, un error que muy a menudo se hace sobre la persona: engañarse sobre ella. Aquí hay finalmente una idea equivocada, un gran malentendido. Es lo que finalmente de entrada él pone en juego en la transferencia y lo que sucede en la cuarta sesión, aunque ya lo había evocado en la primera, cuando dice que había pensado asistir a este encuentro con su hijo y se pone a llorar. En la cuarta sesión, lo que vuelve es que hay dos ojos, hubo dos tiros. Es aquí donde empieza el trabajo en la transferencia. Una bala real por dos, son estas cosas que el inconsciente fabrica a partir de una contingencia. Entonces, la otra bala ¿para quién era? Solo puede, de momento, decir que fue una suerte que no pudo venir su hijo con él, al concierto. Pero, hay otra parte que lo interroga: la presencia en él, en su cuerpo de este objeto real -la bala- también vivido como un trozo del otro que disparó. Ahora él piensa que en su mirada notó algo que no quiso matarlo. Aquí empieza para él su trabajo analítico, si puede sostenerlo.

### **Ad vitam æternam**

#### *El joven aviador inglés*

Ocurre el último día de la guerra en un pequeño pueblo normando, frente a Inglaterra.<sup>27</sup> Es de allí que vino el joven aviador a bordo de su avión para disparar a la artillería alemana en derrota. La respuesta tocó al avión que cayó en la cima de un árbol, cerca de la iglesia. El joven piloto quedó preso dentro de la carcasa de acero del avión y murió allí, en la cima del árbol. Tenía veinte años. Lo bajaron del avión con mil precauciones y todo el pueblo lo veló durante la noche. Rezaron, lloraron, llevaron flores y, al amanecer, lo enterraron en el cementerio del pueblo. La gente del pueblo quería pensar, que él solo, había ganado la guerra. Un día vino una persona, un hombre mayor. Dijo que había sido su profesor, que era huérfano, que no había nadie para prevenir, para decirle que había muerto. Así, se quedó allí para la eternidad. Un cuerpo elevado a la dignidad de una eternidad; todo lo opuesto al cuerpo del enemigo. Después de la guerra los cuerpos aspiran a otros vínculos, los parlêtres a una reconciliación, a esta sublimación que sería la paz. Y, podríamos quedarnos en ese momento de la “vida de un niño de veinte años, el último día de la guerra.”<sup>28</sup> Pero, lo sabemos, ¿no es así!

### **La guerra: un fracaso de la civilización**

---

<sup>27</sup> Cf. Duras M., *Escribir, op. cit.*, p. 59-85.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 82.

Vamos a terminar por donde habíamos comenzado evocando las próximas Jornadas de la NEL. Una de las sesiones plenarias tiene por título *Violencias y guerra*. Acabamos de ver en qué esta yuxtaposición puede justificarse. En el argumento de esta secuencia está escrito: "*la guerra permanece al registro de la cultura, es un acto cultural en sentido pleno resulta de la captura de lo humano en la civilización, [...]*" Hay que pensar el alcance de tales afirmaciones y evitar toda ambigüedad. La dimensión civilizadora de las guerras es el argumento que siempre se avanza para justificar las guerras coloniales, la de conquista o de reconquista. ¡Lo deberíamos recordar! Es, de manera más global, lo que nos gustaría que los pueblos aprendieran de una guerra para encontrar una manera de vivir en paz.

Pienso, con Freud, que esta cuestión ha de tomarse por su reverso, es decir que « todo lo que impulsa la evolución cultural obra contra la guerra<sup>29</sup>» Pero, en contrapunto, Freud también concede que la cultura y su efecto civilizador no son suficientes para parar la guerra y el surgimiento de oscuras pulsiones.

Freud, con la misma lucidez, piensa que a pesar de los efectos de la civilización y de la educación, « las malas inclinaciones inherentes al hombre » tienden a proseguir su curso y a manifestarse en toda su virulencia. No desaparecen, jamás serán desarraigadas. En realidad, no hay ningún "exterminio" del mal. »<sup>30</sup>

La guerra ensucia todo y revela, más allá de los velos de lo Bello, la parte más sombría de la humanidad.<sup>31</sup>

Sostengo que la guerra no tiene un efecto civilizador sino que, todo al contrario, surge aquí donde fracasa la civilización.

Traducción Helena Torres

<sup>29</sup> Freud S., «¿Por qué la guerra? » [1932] Madrid, 1972, Tomo 8, p. 3215.

<sup>30</sup> Freud S., *Considérations actuelles sur la guerre et sur la mort*. [1915] Paris, Payot, 1984, p. 2105.

<sup>31</sup> Cf. Briole G., "Espantosas inquietudes", in : *El psicoanálisis a la hora de la guerra, op. cit.*, p. 163.